

Prólogo

El título de esta obra puede sorprender a muchos, hasta tal punto estamos acostumbrados a interpretar la palabra «Anticristo» como sinónimo de la Bestia del Apocalipsis cuyo número es el 666. Cuando oímos hablar de Anticristo pensamos en Satanás, el Diablo, el Mal. Sin embargo, el título de esta obra no tiene ninguna vocación satánica. La primera vez que se menciona al Anticristo es en las cartas de San Juan: «he aquí el Anticristo, el que niega al padre y al hijo». El Anticristo no parece ser una persona concreta, sino la actitud del que niega que Jesús es Cristo, el Mesías. En resumidas cuentas, el Anticristo es quien rechaza que Jesús es el Hijo de Dios.

El propio Jesús había anunciado que tras su muerte muchos usurpadores hablarían en su nombre y deformarían su palabra. Su aparición sería señal de la llegada del Fin. Con el paso de los años, por simplificación y

cercanía, el Anticristo fue identificándose con la Bestia, con el «adversario». Si Jesús era Hijo de Dios, el Anticristo sería hijo del diablo. El Anticristo pasó así a ser una imagen invertida del mensaje de amor de Cristo. Su aparición sería fatal y traería el fin del mundo. Ese Anticristo ha proliferado como icono y es más apropiado para la narración fantástica, el rock o el cine de terror, que para un libro como éste.

La preocupación apocalíptica no es exclusiva del cristianismo, del mismo modo que no lo es la mención a demonios y diablos varios. En cambio, la figura del Anticristo entendida en el sentido de negador de la divinidad de Jesús sí es una característica del cristianismo. Del mismo modo que el cristianismo es la única gran religión que afirma haber sido fundada directamente por la encarnación de la divinidad, es la única gran religión que tiene una contrafigura para su fundador. No hay antimahoma (su equivalente, el Dajjal, es directamente un diablo), ni antibuda ni antizoroastro. Desde ese punto de vista, cabe interpretar al anticristo como una expresión del miedo de los primeros cristianos a que la base de su fe fuera falsa. La tensión de tener que sostener a escondidas la creencia de que Jesús era Dios se materializó en esa contrafigura inicial de la que hablaba San Juan.

Los cristianos superaron la tensión gracias a su fe en la resurrección de Jesús. Sin embargo, como dicen los propios Evangelios, la fe consiste en creer sin haber visto. Los cristianos lo son porque creen que Jesús resucitó, pero creen que Jesús resucitó porque son cristianos. Se trata de un impresionante pensamiento circular, el mismo por el que los cristianos creen que Jesús es Cristo: son cristianos porque lo creen, lo creen porque son cristianos.

Ahora bien, la resurrección no es evidente por sí misma, más bien resulta cuestionable incluso ateniéndose

a la literalidad evangélica, ya que entre la muerte y la resurrección no transcurrieron los famosos tres días sino tan sólo unas treinta y seis horas. Por otro lado, aun admitiendo la resurrección, es difícil aceptar que la misión terrestre de Jesús fuera un éxito. Ni hemos sido redimidos del pecado, ni ha habido segunda venida, ni ha llegado el Reino de Dios. Su único logro es haber dado lugar a una gran iglesia que durante siglos ha sido uno de los soportes de la cultura occidental. Un gran logro, quizás, pero irónico en grado sumo desde el momento en el que una de las mayores preocupaciones de Jesús era la lucha contra las autoridades religiosas de su tiempo. Para él Dios era experimentable de forma directa, sin necesidad de jerarquías ni interpretaciones de su voluntad.

Si vemos la misión de Jesús no como la venida salvadora de Dios a la tierra que tantas veces nos han contado sino como la de un fracaso humano que termina en la cruz, resulta que la versión oficial de la vida de Jesús es una irrespetuosa traición contra su drama humano y contra su sencillo mensaje de amor y esperanza. Resulta entonces la inmensa paradoja de que Jesús es el gran anticristo, pues es su propia vida la que demuestra que no es el Mesías. Al otorgarse la categoría de Mesías sin serlo, se convirtió a sí mismo en su propia contrafigura, oculta, humildemente, tras la estatua que el cristianismo construyó para su memoria.

El propósito de este libro no es defender a Jesús, tampoco atacar al cristianismo, sino en todo caso repensar la vida de Jesús desde un punto de vista trágico. Esta es una obra literaria que se alimenta de otra obra literaria, una versión, si así se quiere. El cristianismo mismo es una religión literaria que surge a su vez de otra religión literaria. Pertenece a las llamadas religiones «con libro». El judaísmo se fundamenta en la Biblia. El cristianismo en

los Evangelios, que, permítaseme la broma, son una novela sobre la vida de un personaje que leyó muchos libros religiosos y se convenció de ser el Hijo de Dios. El tremendo impacto histórico de los Evangelios y la Biblia, lejos de desacreditar el carácter literario de ambas obras, dan otra dimensión al hecho literario. Ambos (al igual que el Corán, el Tao Te Kin o los Vedas) demuestran que la literatura no está tan cerrada en sí misma por los límites del entretenimiento como a menudo se afirma. La literatura crea la realidad y se alimenta de ella, porque para los seres humanos vivir es nacer, crecer y morir, pero también contar e interpretar lo vivido.

Este libro surgió con la intención de dar una explicación literaria a aquello que en los Evangelios resulta incomprensible: ¿Quién era el padre de Jesús? ¿Por qué se extendió el mito de su resurrección? ¿Qué ocurrió en el desierto? Este libro resitúa el cristianismo en la literatura o, más aún, en la palabra. Es una interpretación histórica de la vida de Jesús, pero no tiene mucho que ver con «el verdadero Jesús» ni con hallazgos similares. Este libro es un cuento, como lo son los Evangelios, aunque a diferencia de ellos no afirma ser Verdad, sólo quiere ser una historia plausible, apasionante y entretenida. Es ficción, signifique eso lo que signifique.

En este libro las personas que fueron más cercanas a Jesús nos cuentan su vida. Hablarán de un hombre que surgió en un tiempo, en un lugar y con unos condicionantes familiares sin los cuales no habría sido lo que fue. Todos los narradores que aparecen son, sin quererlo, auténticos anticristos en el sentido menos satánico de la palabra.

A diferencia de otras interpretaciones delirantes de la vida de Jesús que proponen que tenía un gemelo o que murió de viejo en Constantinopla, el libro que aquí pre-

sento se ajusta estrictamente a los Evangelios canónicos buscando posibles verosimilitudes históricas que a alguno pueden chocar en un primer momento pero que, según como se mire, también pueden resultar más creíbles que los mismos Evangelios.

He intentado, eso sí, mantener la tensión narrativa con el fin de cautivar al lector y poder iluminar su propio mundo de un modo distinto.

Porque eso, y no otra cosa, es la literatura.

Luis de Isusi
Gorliz, 2002.

La Navidad según María

«Me ha parecido también a mí, que he investigado cuidadosamente todo desde los orígenes, hacerte una narración ordenada, para que conozcas el fundamento de las enseñanzas que has recibido».

(Lucas 1, 3-4)

Tú gobernabas entonces, Herodes, recuerda. Te llamaban El Grande, y lo eras, eras gordo como una vaca, como un toro, aunque supongo que con lo grande no se referían a tu aspecto físico sino a tu territorio y a las cosas que hiciste. Supongo que el nombre te lo dieron tus amigos, quiero decir los romanos. Piénsalo, Herodes, ¿habrías sido alguien sin ellos? ¿Habrías tenido otra grandeza que la de tu obesidad y tus ventosidades? Los romanos ya habían utilizado los servicios de tu padre, Antípatro, seguro que consideraste un honor que confiaran también en ti para dominar al pueblo judío.

Pero no te engañes, Herodes, tus súbditos te han odiado siempre. Les vendiste a Roma y luchaste contra ellos, sí, contra esos que llamaste bandidos, que para muchos no eran sino los defensores de la libertad de Israel. Tú sabes como todos que esos bandidos estaban dirigidos por la familia de los asmoneos, los verdaderos

herederos del trono y del puesto de sumo sacerdote del templo de Jerusalén desde la rebelión de los Macabeos. Tú no eras más que un idumeo, natural de Idumea, hijo de idumeos, tan lejano al trono de Israel como lo puede ser una lagartija. Hasta tú tendrás que reconocer que como bandidos los asmoneos no tenían igual, apoyados sólo en su fe y en la convicción de sus gentes aguantaron muchos años contra ti, tú que contabas con toda la fuerza de Roma. No te consueles con que finalmente venciste a Antígono, rey de Israel, y lo mandaste crucificar. Supo morir con una dignidad que tú no alcanzas ni siquiera en sueños. Recuerdo tu alegría el día de la ejecución y tu pregunta: «¿ese despojo se dice rey de Israel?». Desde entonces reinas tú, El Grande.

Pero quizás a mí no me recuerdes. Haz memoria, Herodes. Antígono el rey era hermano de mi abuelo Aristóbulo y tío de Mariamne, tu mujer. Mariamne era mi propia tía, hermana del otro Aristóbulo, mi padre, legítimo heredero al trono de Israel hasta que tú lo ahogaste. Yo entonces no tenía aún uso de razón. Como ves, ya desde el principio no me quedaba otro remedio que odiarte.

En aquellos tiempos construiste un gran templo en Jerusalén. Era bonito, de verdad, decían que era más grande y más hermoso que el antiguo templo de Salomón, el pueblo estaba contento con él. Pero un pueblo no vive sólo de templos. Un templo no puede ser suficiente para cumplir la voluntad de Dios. Un templo no era suficiente para que tu pueblo viviera feliz, pero fue suficiente para convencerte de que tus súbditos estaban obligados a adorar-te. Decías que habías traído la prosperidad a Israel. Y depende de cómo se mirara era verdad, todos tus amigos eran ahora mucho más ricos que antes. También sumabas a tu favor muchos otros logros. Entre ellos el de haber

unido Israel a Roma, o no haber impedido a los judíos el ejercicio de su culto a Yavé. Grandes logros, sin duda, pero nunca dejaste que nadie opinara sobre su conveniencia. Te llegué a oír que era uno de tus méritos el haber conquistado el trono mediante una sangrienta guerra fratricida. Aunque no debías estar muy convencido porque para afianzar tu derecho a reinar tuviste que casarte con una mujer de la familia de los asmoneos, mi pobre tía Mariamne, sin tan siquiera quererla ni apreciarla. Tus aspavientos amorosos todavía le resultaban repugnantes muchos años después, los contaba entre los peores momentos de su vida. ¿Pero qué remedio le quedaba que decirte que sí y convertirse en una reina objeto, sin valor para su verdadero pueblo?

Nada de todo eso fue tan horrendo como que te convencieras de ser el Mesías tan esperado por todos los judíos. Tú no sabes lo que es ser judío, no puedes imaginar las esperanzas que tenía la gente en el Mesías. No puedes imaginar que el Mesías no tenía nada que ver con lo que tú inventaste en tu persona. No podías imaginar que las madres esperaban en sus hijos que se cumpliera la profecía, que los padres esperaban en su mujer que les diera al tan esperado, que cada hombre llevaba en su corazón la esperanza de ser el Ungido, que cada mujer no sentía pasión mayor que la de ser la amada por él, el verdadero Grande. Tú no podías imaginar que el Mesías era para todos nosotros algo mucho más parecido a los sueños de los inocentes que a la ambición de poder que a ti te sobraba. Que el sueño del Mesías era algo que todos sentíamos en nuestro interior como si fuéramos niños, no como si fuéramos súbditos.

Durante años hiciste llenar tu palacio y tu fabuloso templo de sabios venidos desde todas partes del mundo. Astrólogos, médicos, poetas, magos, invitabas a todos a

vivir en Jerusalén. Decías que era una de las cortes más lujosas de la época y también una de las más dispuestas a favorecer el florecimiento del saber y las artes. Eras un buen mercader, un buen vendedor. Atraídas por una ciudad a la que se llamaba ombligo del mundo y por las riquezas que prometías, muchas de las mentes más lúcidas de Israel, Egipto y Oriente acudían a tu corte. No sé si fue porque no se lo permitiste o porque esas mentes tan preclaras no resultaron serlo tanto, pero tú ahora no sabrías decirme qué aportaron esos sabios a Israel o al florecimiento del saber. Esos sabios nunca llevaron a cabo otra labor que adularte. Eso te gustaba, pero eso mismo fue lo que te perdió. Tú les incitaste para que te dieran razones que justificaran tu pretensión mesiánica. Basándose en dudosas señales celestes y en no menos dudosos augurios propios de infieles, todos aquellos sabios coincidían año tras año en la convicción de que algo tremendo se acercaba. Algunos lo proclamaban en las calles, otros sólo te lo decían a la oreja. Hablaban del fin del mundo, pero también había otros, menos escrupulosos, que hablaron todo cuanto pudieron de la venida del Mesías. Y según las profecías el advenimiento del Hijo de Dios tendría lugar cuando un no judío ocupara el trono de Israel, lo cual ya había ocurrido en tu persona. ¿Qué podía gustarte más que eso, rey de la soberbia y la codicia?

Apañaste tu ascendencia idumea para hacerte pasar por miembro de la casa de David y proclamaste que eras el salvador de Israel. En algunos sitios, en Idumea, por supuesto, te adoraron como hacen los gentiles, que veneran estatuas de hombres mortales. ¿Pero cuántos en Israel iban a creer en un Mesías que contradecía todo lo que habían dicho los profetas? ¿Qué Mesías era ése que mataba judíos, odiaba Israel, aniquilaba santos y sólo ansiaba riquezas y poder?

Tenlo como nuestra mayor venganza: lo conseguiste todo, todo lo que un hombre puede desear, pero nunca conociste la paz ni nadie creyó que tuvieras otra grandeza que la de tu cuerpo obeso.

Recuerdo a Mariamne, mi tía, era una mujer muy hermosa. Con ella tuviste dos hijos, Alejandro y Aristóbulo. Eran los legítimos herederos al trono. Sin embargo debiste sentir miedo, o te caían mal, o no eran lo que tú esperabas de tus hijos. ¿Qué más da la excusa? Los mataste. Tenías miedo de Mariamne porque era inteligente y hermosa, porque era la verdadera reina y te superaba en todo. Tenías miedo de Alejandro y Aristóbulo porque eran los verdaderos reyes. Temías que algún día una futura reconstituida dinastía asmonea tirara tu nombre por tierra. Tú, que querías perpetuar tu Gran Nombre por los siglos de los siglos, nunca te diste cuenta de que ese miedo no era propio del Mesías. ¿Qué podía importarte el futuro de tu dinastía si de todos modos eras el Salvador y se acercaba el fin de los tiempos? La lógica no te gusta, Herodes, otorgaste la sucesión al trono a Antípater, hijo de una mujer a quien no quiero recordar.

Pero eso no fue suficiente para tranquilizarte. ¿Enloqueciste o ya eras así desde la cuna? ¿Tu madre o tu padre te hicieron así o te obligaste a la maldad por despecho? Mataste a Mariamne acusándola de infidelidad. Después acabaste con Alejandro y Aristóbulo acusándolos de conspirar para derrocarte. No me importa si los cargos eran reales, considero que sólo una imbécil no te habría sido infiel y que sólo unos malos hijos habrían aceptado que su padre agobiara al pueblo con impuestos, que se excediera en la dureza con la que lo trataba, que no respetara la ley de Israel.

Nuestro palacio se fue despoblando conforme se llenaba de gritos y llantos, de sangre y dolor. Mataste a

Hircano, a Alejandra, a los hijos de Baba. A mi padre ya lo habías matado hacía años. Te deshiciste de casi toda mi familia ahogándola, envenenándola, crucificándola, pronto no me quedó ningún familiar mayor de dieciocho años. En Roma se decía «es mejor ser el cerdo de Herodes que su hijo». Sé que el pueblo opinaba igual, nos habías convertido en objeto de lástima para todo el mundo.

A mí no me mataste. Yo era joven, preferiste violarme una y otra vez como si fuera una ramera. Recuerdo con asco tu cuerpo grasiento que me hizo impura, en aquellos días habría preferido la muerte que aquel tormento que se repetía día a día. Recuerdo que después de golpearme y penetrarme como un perro me preguntabas, ¿te gusta? Te habría matado, pero no podía nada contra ti, te divertía incluso verme llorar. Tarde o temprano tenía que quedar embarazada, imaginarlo me aterraba. Me limpiaba cuando te ibas del lecho, o cuando me mandabas salir de él, con desprecio. Me limpiaba entre llantos, con agua, con aceites, pero nada pudo impedir que finalmente engendraras en mí. Al principio odié a esa criatura sin sexo que aún no había nacido, pero no se puede odiar durante mucho tiempo a lo que no existe. Pude haber abortado, pero para eso tenía que decirle a alguien que estaba embarazada. Y yo no quería decir nada a nadie porque sabía que me matarías en cuanto te enteraras. Si yo seguía viva era sólo porque todavía disfrutabas conmigo.

Oculté mi estado mientras pude, pero a partir del quinto mes tuve que simular una enfermedad para quedarme en cama durante todo el día. No la recordarás, estabas muy ocupado en cuidar tu grandeza. Nunca podrás entender que existe algo llamado amor y nunca entenderás que el amor es gratuito e inesperado. Yo amaba a ese niño que llevaba dentro, una vez que el asco que te tenía se esfumó, amé a lo que había surgido de mí.

No me importaba morir, pero no quería que ese hijo mío no llegara a ver la luz del sol. Y nada bueno podía esperar si seguía en palacio. Tenía que huir, ¿y a dónde puede huir una mujer embarazada?

Al principio no me di cuenta, la desesperación me impedía ver y reaccionar. Y en la mayor de las desesperaciones estaba cuando Dios vino a iluminarme. Recordé que de mi familia habían salido durante más de un siglo los sumos sacerdotes del templo. Todavía había en él muchos sacerdotes amigos de mi familia. Ahora callaban, mantenían un silencio cómplice ante la muerte de los que antes habían sido sus superiores y amigos. No les culpo, no tenían otro remedio que hacerlo a no ser que ellos también quisieran morir. Supe que en ellos tenía una posibilidad de salvación, quizás mi única posibilidad, pero sabía también que para conseguir su ayuda no bastaría con pedírsela. Si lo hubiera hecho, ellos se habrían quedado quietos, esperando sumidos en su silencio, evitando intentar nada que pudiera disgustarte. Sólo actuarían si no les dejaba otra opción que hacerlo. Así que me armé de valor y escapé del palacio una mañana temprano vestida con ropas de hombre, dispuesta a no volver, sin haber dicho nada a nadie y jugándome la vida. Busqué a un sacerdote especialmente bueno y piadoso, llamado Simeón, a quien conocía desde hacía mucho tiempo y a quien había visto a menudo en palacio y conversando con gente de mi familia. Tu mujer, Mariamne, siempre me había dicho «si algún día tienes un problema, acude donde Simeón».

Lo busqué en el templo, esperando en el patio, como si orara, tapada por un manto y escondida en la rica túnica de hombre que había cogido del palacio. Pasó casi toda la mañana hasta que le vi pasar. Entonces le asalté y me agarré a sus pies dispuesta a no soltarlos. Lloré contra

sus tobillos y le dije que había huido de ti. Le pedí ayuda y lloré suplicando su compasión. Al principio me rechazó, pensando que yo era un comerciante o un artesano piadoso que se había vuelto loco. Su sorpresa fue enorme cuando le mostré mi rostro y le dije que quería escapar porque mi vida corría peligro.

¿Cómo iba yo a esperar que Simeón se taparía los oídos con los dedos y sólo se los destaparía para pedirme silencio y decirme «mujer, quién va a querer matarte, no seas fantasiosa y vuelve a palacio»? Me agarré más fuerte aún a sus tobillos. Juré que no me separaría de esos pies mientras él no me ayudara. Los pies intentaron andar, pero yo se lo impedí, quedé tendida en el suelo, en una postura vergonzosa que me hizo llorar más aún. Simeón empezó a debatirse, vi que el hombre estaba asustado, intentó hacerme levantar mientras miraba para todas partes. ¡Cállate!, me decía, imárchate!

—¡Estoy embarazada de Herodes! —le grité con la boca contra las losas. Y él se tapó de nuevo los oídos porque no quería oír. Pero ya había oído, y eso le hizo reaccionar. Comprendió que obligarme a volver al palacio era llevarme a la ejecución y que ya estaba mezclado, de un modo u otro, con mi suerte.

—¿Pero qué voy a hacer? ¿Qué quieres que haga? —me preguntó.

Me miraba como si le hubiera dado un disgusto, como si le hubiera defraudado. Entonces se lamentó de su desdicha. Extendió las manos al cielo y dijo que él siempre había sido un judío obediente y un hombre justo.

Estaba desorientado, bajó los brazos y meditó, yo seguía abrazada a sus pies bajo un sol inclemente. Estuvimos un buen rato así, hasta que de su desorientación salió la idea más extravagante que pudiera tener un sacerdote del templo. Podía haberme escondido en su

casa o en una bodega, pero a Simeón no se le ocurrió nada mejor que esconderme en el sanctasanctorum, el lugar más sagrado del templo donde no podía entrar otra persona que el sumo sacerdote una vez al año. Era un sacrilegio y una idea estúpida porque en el caso de que alguien me encontrara la muerte sería segura. «Nadie te buscará ahí», me dijo él sin embargo.

Simeón actuó muy rápidamente, me levantó y casi me arrastró por todo el patio. Yo no tenía fuerzas ni argumentos para negarme. Me llevó por pasillos que no recuerdo, lugares oscuros y húmedos, y al final me encerró tras el velo santo. Se marchó advirtiéndome en un tono sombrío:

—No hagas ni un solo ruido, espérame aquí y en el caso de que te sorprendan recuerda que yo no tengo nada que ver con esto. Maldeciré tu nombre una y setenta veces si te atreves a mezclarme en este asunto.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —le pregunté.

—Esta noche me las arreglaré para hacer yo mismo la ofrenda de incienso. Entonces te podré recoger y llevarte a algún otro lugar seguro. Hasta entonces ni te muevas.

Se marchó. Yo me quedé tirada en ese lugar prohibido.

Podía haber sentido rabia o impotencia, desprecio a ese hombre cobarde, pero sólo tenía miedo, miedo de que me encontraran, y miedo de Yavé. Miedo de ti, Herodes, y de los sacerdotes del templo, miedo de la oscuridad, miedo de cometer una torpeza, y miedo por mí y por mi hijo. El día fue largo, muy largo, y hacía un frío intenso. Pasé hambre y sed, y tuve que satisfacer mis necesidades más urgentes en una bacinilla que había en una esquina destinada a algún uso religioso.

Yo no podía saber que Simeón no había conseguido que se le permitiera hacer la ofrenda de incienso esa

noche. Simeón se lo había pedido a Zacarías, el encargado de la ofrenda en aquella época del año. Pero Zacarías se negó, como es lógico, porque no veía ninguna razón para saltarse las normas. Y Simeón, cobarde de nuevo, no dijo nada y me abandonó a mi suerte confiando en que nadie se diera cuenta de mi presencia y yo no dijera su nombre en el caso de ser descubierta.

Así que Zacarías entró esa noche en el santuario, se arrodilló ante el altar, ofreció el incienso a Yavé y rezó sus oraciones, que me despertaron, porque había estado durmiendo. Como entre él y yo había una espesa cortina de terciopelo, no podía verle. Por tanto, claro está, yo no sabía que Simeón me había fallado. Susurré, todavía entre sueños, «Simeón, Simeón, ¿eres tú?». En el otro lado algo cayó al suelo, Zacarías se había asustado. «Señor, no soy Simeón sino Zacarías, habla, que tu siervo te escucha», dijo, porque pensó que era Yavé quien le hablaba.

Estaba perdida. El miedo se fue de mi cuerpo y sólo me quedó un vacío como tiene que entrar al actor de teatro cuando recibe las primeras quejas del público y su papel se desvanece y sólo queda él, un pobre hombre en un escenario. Supliqué con voz de niña. «Por favor, por favor, no me hagas daño». «¿Quién eres?», preguntó Zacarías desde el otro lado, sin atreverse a descorrer la cortina. Y yo le dije otra vez «no me hagas nada, ayúdame, por favor, ayúdame, no me hagas daño». Oí cómo Zacarías pedía perdón a Yavé y entonces descorrió el velo sagrado y me encontró a mí arrodillada, vestida de hombre, la cara contra el suelo, y llorando. Comprendo su indignación. ¡Una mujer en la casa de Dios! Recuerdo cómo Zacarías miró a su alrededor, pensé que lo hacía en busca de una piedra o algo para arrojarme y comenzar cuanto antes la lapidación, pero no hizo nada más que rezar y volver a mirarme, yo le devolví la mirada con la cara llena de lágri-

mas. No sé si fue por mi juventud, o porque un hombre se apiada fácilmente de una mujer, más si es joven. No sé si fue por la riqueza de mis vestidos o si sólo por curiosidad o sencillamente porque era un gran hombre. El caso es que escuchó mis atropelladas explicaciones con atención. No le hablé de Simeón ni te mencioné tampoco a ti como padre de la criatura que llevaba dentro. Sólo dije que estaba embarazada y que huía del palacio de Herodes y que en mi desesperación no se me había ocurrido otro escondite que ése. Comprendo la sorpresa de Zacarías.

Sin embargo no me denunció a las autoridades del templo. No es fácil ponerse en su lugar, y yo nunca podré dejar de estarle agradecida. Simeón había sido un cobarde, Zacarías se traicionó a sí mismo por salvarme. La elección ante la que se encontró era terrible, puesto que hiciera lo que hiciera cometería pecado. Si avisaba a las autoridades no me ayudaría a mí, una mujer inocente y amenazada de muerte. Pero si me salvaba, estaría permitiendo que se mancillara la pureza del lugar y estaría incumpliendo el deber al que dedicaba su vida.

«Te ayudaré», susurró triste, «pero no debes contárselo a nadie, si se supiera nos matarían a los dos». Me lo dijo con bondad y sus gestos me tranquilizaron. Pero Zacarías ya nunca se podría perdonar por haber profanado el sanctasanctorum ni por haber sido testigo de la profanación que yo cometí y no haberla denunciado a las autoridades. Pensó que no decir nada de lo ocurrido sería equivalente a mentir y traicionar a Dios, por eso se prometió que a partir de entonces sería mudo. Me lo explicó, y fueron las últimas palabras que le oí en mucho tiempo. Me dijo: «un mudo no puede mentir, y alguien que no está dispuesto a decir la verdad no tiene derecho a la palabra». Los días siguientes todos dijeron que Zacarías había visto

a Dios y que Dios, tras comunicarle algo grandioso, le había dejado sin habla. Él no lo desmintió.

Aquella noche se quedó en el templo más de lo habitual, hasta que todos se hubieron marchado. Luego cayó la oscuridad, me cogió y me llevó a su casa, recorriendo a pie las desiertas callejuelas de Jerusalén.

Zacarías estaba casado con una mujer llamada Isabel. Era una mujer mayor, tenía sesenta años y aspecto de muchos más. Isabel no había tenido hijos y eso era una gran desgracia para la pareja. Isabel se pasaba la vida rezando para que Yavé se apiadara de ella y le diera un hijo a pesar de su edad. Cosas más maravillosas podía hacer Dios, decía, e Isabel y Zacarías siempre habían sido buenos y cumplidores de la ley. Isabel confiaba ciegamente en que algún día Dios le daría el hijo que tanto había deseado. No había ninguna razón para desconfiar del Señor, decía.

Esa pobre y buena mujer me acogió como una madre. Me cuidó y se preocupó por mí y por mi futuro niño. Parecía más agradecida que yo misma. Y yo lo estaba mucho. Apenas hacía unos días mi vida corría peligro de muerte a manos tuyas y ahora estaba protegida por una pareja amable que me recibía en su casa como parte de su familia.

Sin embargo, yo sabía que me encontraba en una situación muy peligrosa. Mi desgracia no consistía sólo en haber pasado de la familia real al anonimato. Yo no podría ir a ningún lado con mi hijo. Nadie querría casarse conmigo ni aceptarme como otra cosa que como prostituta, que era prácticamente en lo que me habías convertido tú, El Grande. No sé cómo me atreví a plantearlo, no sé cómo esa idea vino a mi cabeza, y no es que fuera una mala idea, pero hoy en día me arrepiento de ella porque trajo más dolor que soluciones a los problemas que entonces nos

agobiaban. Un día le propuse a Isabel darle mi hijo. Ya sabía yo que un hijo adoptivo no es lo mismo que un hijo propio, pero los demás no tenían por qué enterarse. Isabel podría recluirse en casa y mostrar al mundo, meses más tarde, el recién nacido. Mi hijo tendría entonces una madre que podría cuidar de él. Incluso el silencio de Zacarías tendría así una explicación y podrían decir que Dios se le había aparecido para comunicarle el milagroso embarazo de su vieja mujer. Yavé les perdonaría sin duda, porque no había ningún daño en dar madre a un niño y en evitar la prostitución a una joven mujer. Nadie perdería nada, y todos ganaríamos.

Cuando tuve la idea pensé que era lo mejor que se me había ocurrido en mi corta vida. Me sentí contenta por mí, por mi hijo, por mis padres adoptivos que eran Isabel y Zacarías. Pero Zacarías no opinó igual. La idea no le gustó, lo dijo con un movimiento de cabeza, porque tampoco a su mujer le hablaba. La opinión de Zacarías era muy importante, no en vano era un sacerdote del templo de Jerusalén. Pero no menos importante era la opinión de una madre frustrada, de una mujer que dejaba irse los días de su vida sin sentido y sin placeres. Isabel quería ver un niño en su casa y ocuparse de él y estaba dispuesta a todo por conseguirlo. Isabel se aprovechó de la mudez de Zacarías. «Quien no habla no puede dar su opinión y quien calla otorga», dijo Isabel, y así fue como Zacarías no pudo enfrentarse al deseo de su mujer. Ese día Isabel dijo sentir un vuelco en su interior, como si realmente llevara dentro mi niño. Pero en cuanto le oí decir eso tuve que sentarme, yo también había sentido un vuelco en mi interior. Un desgarró más grande que el parto, la protesta de un niño aún no nacido rebelándose contra la separación de su madre. Y es que no era sólo un niño, era la única persona en este mundo que me unía a mi pasado, un pasado

al que había dicho ya, definitivamente, adiós. Nada más ser aceptada, mi idea ya me dolía hasta el punto de que me impidió el sueño durante días.

A partir de entonces Isabel no volvió a salir de la casa. Ella y yo nos encerramos y no dejamos que ni siquiera la sirvienta nos viera. Hicimos creer a todo el mundo que Isabel estaba embarazada y que yo era una familiar que había venido a ayudarla en el parto, que seguramente y dada su avanzada edad, sería muy difícil. Pasábamos los días sin hacer nada, caminando por el patio, charlando, bordando, en una aparente tranquilidad que ocultaba la gran tensión que anidaba en nuestros dos cuerpos.

Nunca le expliqué que lo que en realidad iba a entregarle era el único y auténtico heredero al trono de Israel, heredero por parte de madre de la línea sucesoria asmonea, e hijo del propio Herodes, tetrarca de Israel. No puedo saber cómo habría reaccionado de saberlo, pero creo que Isabel no le habría dado ninguna importancia, porque para ella el hijo era suyo y no mío, de Zacarías y no tuyo. Nadie valoraba tu sangre en nada, rey de Israel. Para Isabel tu hijo sólo era un niño que demostraba el poder de Yavé, que le había dado un hijo a pesar de su avanzada edad. Hablaba de su hijo como si ella fuera la embarazada, parecía creer que si lo repetía muchas veces seguidas se convertiría en realidad. A veces, oyéndola, pensaba que se había vuelto loca.

Sin embargo, quedaba por resolver el problema de mi futuro, tan opaco como antes. De ahora en adelante tendría que mantener en secreto mi identidad, y encontraría muy serios obstáculos para contraer matrimonio con ningún judío. A la larga cualquiera sabría que había tenido ya un hijo y que no era virgen, pero aparte de eso no tenía familia, no tenía dote, no podía ni hablar de mi pasado. ¿Quién iba a querer tomarme como esposa? ¿Y

qué futuro me esperaba fuera del matrimonio? Mi boda se convirtió en la mayor preocupación de Isabel, aparte de su hijo, hablábamos mucho de ello. Zacarías también se interesaba por mi boda, de verdad digo que nunca dejaré de agradecer a ese hombre sus desvelos por mí. Seguía en su mudéz, supongo que preocupado y agobiado por la culpa del pecado, pasaba el día orando en silencio. Pero nos escuchaba hablar y asentía, comprensivo.

Zacarías no nos dijo nada, pero encontró a solas la solución a mi problema. Se había acordado de un hombre de mediana edad que había conocido precisamente en el templo de Jerusalén. Era un carpintero de origen galileo que trabajaba la madera y comerciaba con ella. Había sido el encargado de proveer de cedro del Líbano al templo de Jerusalén durante su construcción. Era un hombre muy respetuoso con la ley, un buen judío, lo cual no era frecuente en los galileos, y soltero. El hombre se llamaba José y, según opinaba Zacarías, era un perfecto partido para cualquier mujer. Un hombre trabajador, amable y respetuoso, con un buen nivel de vida y una bonita casa en Jerusalén donde residía entre viaje y viaje. Su único pecado era que le gustaba frecuentar prostitutas, no podía soportar la ausencia de una mujer a su lado. Él no quería seguir soltero, pero decía que Dios le había incapacitado para hablar a las mujeres. Desde joven había viajado mucho y eso le había separado de las chicas de su entorno en el momento en el que éstas se encontraban en edad casadera. Además era un hombre muy tímido, y por no atreverse a pedir la mano de ninguna mujer se había quedado solo. Eso le hacía bastante infeliz. Me enteré de todo esto más tarde, en aquel momento sólo supe que una tarde había llegado un carpintero galileo que quería conocerme. Yo estaba trabajando entonces en un bordado y levanté los ojos para encontrar a un hombre sonriente, con cara ilu-

sionada y de buena persona, que me parecía saludar con su mirada y su sonrojo. A mí no me habló, pero miró a Zacarías y le dijo:

—Es guapa, y parece buena chica, no me importa que no tenga dote ni familia. Pero no sabía que estaba embarazada. Eso es muy grave. Es una mujer impura, y si me caso con ella yo me convertiré en un hombre impuro. La gente opinará, dirá cosas, y Yavé nos condenará a mí y a mi descendencia.

Yo agaché la cabeza. Sabía que José tenía razón, le comprendía. Entonces Zacarías habló, rompió su mutismo aunque sólo fue por un momento. Y dijo:

—El niño será mío y de Isabel, y además tú también eres impuro porque has conocido cantidad de mujeres impuras y desobedientes de la ley. ¿Quién eres tú para juzgar a esta mujer?

Y ocurrió algo que yo no esperaba. José se arrojó, sumiso, ante el sacerdote y ante mí. Me besó los pies pidiéndome perdón por sus palabras y agradeció a Zacarías que se hubiera acordado de él para ofrecerle una mujer como yo.

José me gustó. Está claro que nunca lo habría escogido como esposo si yo hubiera seguido viviendo en el palacio. Era un hombre sencillo y sin mucha cultura, supersticioso y grosero en sus costumbres, lo cual no le impedía ser una de las mejores personas que yo había conocido hasta entonces. Me trataba con admiración, como si me considerara de superior clase o como si no creyera la suerte que había tenido al tomarme como esposa. Apenas sabía de qué hablar conmigo, aunque a veces se animaba y pasaba interminables tardes hablándome de maderas. Cuando me preguntó si quería casarme con él dije que sí. Dos días más tarde Zacarías nos casó como

había casado a tantas parejas jóvenes, pero sin pronunciar palabra, fue una boda muda.

Ya se acercaba el momento de dar a luz. Era difícil saber quién estaba más excitada, si Isabel o yo. Isabel ya había preparado una cuna y vestiditos para el niño. Estaba radiante, como iluminada. Se sentía verdaderamente embarazada y a veces simulaba dolores y anticipaba el parto. Poco sabía lo que estaba ocurriendo en mi corazón. Yo era consciente de que lo que planeaba era una injusticia, sabía que era una muestra de desagradecimiento y que era mentir y atentar contra la palabra dada y defraudar a una mujer que por fin había visto florecer su alma, sus ilusiones y su futuro. Pero pensar en abandonar a mi hijo se me hacía insoportable. Cada vez que pensaba en separarme del niño algo en mi interior se desgarraba. O mejor, sentía como si mi propio hijo me suplicara y me pidiera que por favor no le abandonara en manos de aquella mujer. Que, pasara lo que pasara, lo mantuviera a mi lado, aunque tuviéramos que sufrir la pobreza y el exilio, los comentarios ajenos y la mirada insultante de los fariseos.

La angustia crecía, y cuando no pude aguantarla se lo comenté a José. Le dije que quería que él fuera el padre de mi niño y que no quería entregárselo a Isabel. José, en un primer momento, dudó. Pero era un hombre muy bueno.

—¿Cómo voy a impedir a una madre cuidar de su hijo? —se preguntó con solemnidad.

La idea de convertirse en el padre de mi hijo, lejos de parecerle mal, le alegraba bastante. No vi nunca que José, durante toda su vida, tuviera satisfacción mayor que hacer un buen trato para su negocio de maderas o satisfacer algún deseo mío. Ese mismo día habló con Zacarías. Era tímido y le costó encontrar las palabras, pero Zacarías

ya imaginaba que algo de eso ocurriría. Por segunda vez, Zacarías rompió su mutismo.

—Sabía que nada bueno podía salir de todo esto — se lamentó—. Intentad ser felices, yo ya no podré serlo nunca. Traicioné a mi Dios y tendré que pagar por ello hasta que toda la deuda esté saldada. Ojalá pudiera yo cargar con toda la culpa, pero todos sufriremos por esto. Isabel también sufrirá mucho cuando sepa que no vais a darle el niño, la gente hablará y dirán que yo mentí cuando dije que Isabel iba a tener un hijo.

—No lo dijiste, estabas mudo.

—Tampoco dije nunca que fuera mentira. Como me dijo mi mujer una vez, «el que calla otorga».

—Zacarías, no queremos haceros daño. Habéis sido buenos con María y conmigo. Decid que el niño ha nacido muerto.

—¿Cómo Yavé va a prometer un niño a una mujer vieja y luego matarlo nada más nacer?

Entonces José tuvo una idea, una idea que lo resolvería todo.

—Hay niños por todas partes. Madres embarazadas que no quieren sus hijos, mujeres pobres, chicas jóvenes que han sido engañadas, prostitutas...

—Calla, hijo, calla.

—Dame un día y yo te traeré mañana mismo al hijo de Isabel. Te traeré a tu hijo.

Zacarías miró al suelo, supongo que sintiendo sobre sí toda la culpa del que está pecando voluntariamente. ¿Pero cómo podría si no acercarse a Isabel y decirle «María y José se marchan con tu niño»? Zacarías aceptó como si sellara su sentencia de muerte, porque a unos pecados sumaba otros y la suma estaba terminando por pesar más que una rueda de molino.

A José no le costó encontrar un niño recién nacido en una aldea cercana. El niño ya tenía nombre aunque no había sido circuncidado, se llamaba Juan. José pagó a la madre una buena cantidad de dinero y esa misma noche entró en casa de Isabel y Zacarías con el niño. Entró radiante, con el niño en brazos, como si lo hubiera parido él. Lo extendió hacia Isabel, diciéndole «mujer, aquí tienes a tu hijo, se llama Juan», luego miró al niño y le dijo «Juan, esta es tu madre». Nunca se me olvidará cómo lo cogió Isabel, que llevaba todo el día llorando por el disgusto que había tenido al saber que yo no le daría a mi hijo. Abrazó a Juan y lo cubrió de besos como si realmente fuera suyo.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó José a Zacarías—. No puedo volver a mi casa con una mujer embarazada ni con un hijo, no hace ni una semana que salí de ahí.

—Aprovecha el censo. Es conveniente empadronarse en el lugar de origen, y tú eres de la casa de David, de Belén de Judá. Ve a Belén y quédate ahí un tiempo, está cerca de Jerusalén y eso te permitirá seguir con tu negocio. Quédate en Belén el tiempo justo para que el nacimiento de tu hijo no sea sospechoso.

Era una buena idea. Al día siguiente, cuando todavía Zacarías e Isabel no habían anunciado a nadie que había nacido su hijo, José y yo partimos hacia Belén, esperando llegar pronto, porque yo ya estaba a punto de dar a luz.

Unos pocos días más tarde Zacarías e Isabel circuncidaron al niño. Zacarías seguía mudo para todos, y pretendía seguirlo estando. Pero cuando le preguntaron cómo se llamaría su hijo e Isabel dijo «Juan» todos miraron sorprendidos a Zacarías. ¿Juan? le preguntaron, y le decían que cambiara el nombre porque en su familia

nunca había habido ningún Juan. Pero el niño se llamaba Juan y Zacarías no quería cambiar su nombre, no había ninguna razón para hacerlo. Y tanto insistieron e insistieron que al final Zacarías, harto y enfadado, rompió su mutismo y exclamó: «¡el niño se llamará Juan!». Y entonces todos se callaron asustados, y como no sabían qué hacer alabaron al Señor porque había dado un hijo a una mujer vieja como Isabel y había curado de su mutismo a Zacarías.

Es una historia bastante cómica, pero dudo de que tú seas capaz de encontrarle un rasgo de humor, tú, gran Herodes.

En fin. Poco antes de entrar a Belén sentí que había llegado el momento del parto, bajé de la burra y me senté en una piedra, dispuesta a dar a luz. Era invierno, y era de noche, hacía frío, mucho frío. No era un buen sitio para el parto, pero no podía ni quería moverme. José pretendía montarme de nuevo en la burra y llevarme a Belén. «¿Qué sabrás tú de partos?», le preguntaba yo. José me prometía un sitio caliente y una cama, y ayuda de una mujer que supiera de esas cosas. Pero yo ya había decidido que ése era el lugar y el momento y que no podía hacerse nada contra ello. Y ahí habría nacido mi hijo si no llega a ser por la fuerte lluvia que empezó a caer en ese momento. Llovía a mares, y no había ningún lugar donde resguardarse. Sólo por la lluvia hice caso a José. Porque yo ya no podía casi moverme. Hice un esfuerzo y monté de nuevo en la burra, convencida de que tendría que dar a luz montada en ella, en medio de la tormenta, chorreando agua.

Entramos a Belén dando gritos. Yo de dolor, José pidiendo ayuda como un energúmeno. José, el hombre tímido, nunca supo pedir las cosas de buena manera.

Belén era una aldea humilde, con apenas un par de posadas, que estaban ocupadas ya por gente que había ido

a empadronarse, como íbamos nosotros. José gritaba por las calles pidiendo una cama, pidiendo ayuda, pidiendo la compasión de alguien. Pero ni los posaderos ni los particulares querían dar cama a una mujer que ya se quejaba de dolores de parto y a un galileo que, sucio y empapado, vociferaba con su acento extraño por las calles. Éramos extranjeros y pobres, una mujer a punto de parir y un hombre maleducado que maldecía a los vecinos.

No había tiempo que perder, y sin preguntar a sus dueños, José pegó una patada a la puerta de una cuadra y me metió en ella.

—Mujer, retírate al fondo, donde más calor haga, con los animales. Yo protegeré la entrada, y si alguien intenta molestarte, lo mataré —me dijo, colocándose en la puerta y agarrándose a su fuerte vara de cedro, una vara dispuesta a matar. No quería oír hablar de muerte en ese momento, deseé que en vez de sangre, la vara se cubriera de flores nuevas.

Nadie intentó impedir el parto. Al contrario, por un momento la tormenta se paró, y salieron de nuevo las estrellas. La noche fría y turbulenta se había convertido en una noche de quietud y paz, sólo rota por mis gritos. No dejaba de ser irónico. Yo, hija de la familia real, madre del auténtico heredero al trono de Israel, pariendo en una cuadra como si fuera una vaca o una burra. Aún tuve fuerzas suficientes para reprocharle a José «¿ésta era la cama cómoda y caliente que me prometías?».

Luego también se oyeron los gritos del niño. José lo tomó en brazos, le dije «se llamará Jesús».

José lavó el pesebre y lo cubrió luego de paja limpia, metió en él al niño, y lo tapó con su propia manta. Ya ha terminado todo, me dijo. Me tumbé junto al niño y junto a los animales.

Pero no había terminado todo. Alertados por los llantos del recién nacido, unos pastores que acampaban en las cercanías se acercaron al establo y nos ofrecieron queso, y leche, y pan, y vino, y mantas, y le dieron compañía a José, que pasó la noche en vela con ellos, hablando como hablan los hombres trabajadores, y compartiendo el vino y la comida mientras protegían la entrada a la cuadra de la visita de cualquiera que quisiera impedirnos estar ahí, en nuestro palacio sucio y maloliente.

Ocho días más tarde llevamos al niño al templo de Jerusalén para que fuera circuncidado. Yo llevaba la cara tapada por un velo, el lujoso velo que junto con la túnica de hombre eran las únicas pertenencias que guardaba de palacio, pero al llegar ante Simeón me descubrí. La alegría del sacerdote cobarde fue inmensa, pensaba que había muerto y sentía miedo o culpa por ello. Simeón bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo ir en paz, porque mis ojos han visto su salvación», y con esto último se refería a mí, me miraba fijamente, como si no creyera que me pudiera haber salvado.

—Nunca digas nada de lo que sabes —le exigí, porque sobre todo para eso había ido, y Simeón me aseguró que de su boca no saldría ni una sola palabra referente a mí. Circuncidó al niño y nos marchamos esperando no volver a ver nunca a ese hombre.

Pasamos un tiempo en Belén, como habíamos acordado con Zacarías. José siguió con su negocio. Viajaba de un lado a otro. Vendió su casa de Jerusalén y compró otra en Belén, donde yo viví feliz. Nunca fui más feliz que durante los dos años que pasamos en esa aldea, donde veía crecer a mi hijo y vivía a gusto con un buen marido que me quería y cuidaba. Incluso la vida humilde y sencilla me gustaba más que la vida de la corte, tensa y agobiante, que obligaba a estar siempre alerta. En Belén el

día a día transcurría amable, con mis vecinas y mis vecinos, mi hijo y mis pocos animales.

En ocasiones sentía la tentación de decirle a José quién era nuestro hijo, quién era su verdadero padre. Una vez lo intenté. Antes de decirlo José me contestó:

—En lo que a mí respecta, el verdadero padre de este niño es Dios.

Quise contestarle enfadada que no blasfemara, pero me callé, consciente de que lo que había dicho José era un halago. También le oculté mi verdadera identidad y me inventé unos padres, a los que puse los nombres de Joaquín y Ana. Le dije que yo era familiar de Zacarías y por lo tanto pertenecía a una familia de sacerdotes.

Sin embargo todo iba a torcerse, porque Zacarías no había olvidado su pecado. Y ahora había abandonado su mutismo y tenía demasiada necesidad de hablar. Llegó el día en el que el peso de la culpa fue excesivo para él y terminó por contarlo al Sanedrín quien a su vez te lo contó a ti. Y tú, por boca del Sanedrín, decidiste la lapidación inmediata de Zacarías. Zacarías murió y su sangre salpicó las escaleras del templo. Ojalá muriera satisfecho al saber que había saldado su deuda al completo.

Pero la noticia era demasiado grande como para que quedara reducida a esa muerte. Aconsejado por toda esa grey de sabios, no tardaste en comprender las implicaciones de esa historia contada por un pobre sacerdote. Zacarías había afirmado que hacía un par de años había salvado a una mujer que huía del palacio de Herodes y que estaba embarazada, previsiblemente del propio Herodes. Esa mujer estaba casada con un hombre de la casa de David y juntos habían huido a Belén, donde seguían viviendo. ¿Me recordaste, Herodes? Sí, sé que recordaste a aquella chica joven, sobrina de Mariamne con la que te

solías divertir en ocasiones y a la que nunca habías prestado especial atención.

Ahora esa humilde y joven mujer te aterraba. Porque mi hijo era ni más ni menos que un heredero al trono, el más legítimo pretendiente a él. Un niño que, además, y por una desastrosa casualidad venía a coincidir con las profecías lanzadas por Isaías y Miqueas. Había nacido en Belén de Judá, de un padre de la casa de David, en un momento en el que todas las señales de los cielos indicaban la llegada del Mesías. Incluso, según José, había nacido de una virgen por intervención divina. Por otro lado yo era testigo viviente de las atrocidades que tú habías cometido en tu palacio. Estaba claro como el agua que éramos un niño y una mujer muy peligrosos.

—Hay que matarlos —imagino que ordenaste. ¿Pero qué soldado iba a saber reconocer a mi hijo entre todos los niños que correteaban por los patios y callejuelas de Belén? ¿Y si aparecían los soldados preguntando por nosotros, habría alguien dispuesto a traicionarnos? ¿No nos daría quizás tiempo para huir? Tres de los numerosos sabios que habitaban en tu palacio se ofrecieron para hacer el reconocimiento. Ellos no levantarían sospechas sino admiración, preguntarían por un galileo y una joven mujer. Una vez que nos encontraran, los sabios avisarían a los soldados. Como es lógico, no tardaron en encontrarnos. Aparecieron una mañana en el portal de la casa. Pero tú mismo habías trabajado tu propio fracaso. Porque aquellos sabios que habían visto extraños presagios en los cielos no estaban satisfechos con lo que tú les ofrecías en el palacio. No habían conseguido desarrollar su saber y lo único que habían aprendido en su estancia en Jerusalén era que Israel creía en un Mesías que estaba a punto de nacer. Y tú mismo habías reconocido ante ellos que mi hijo era ese Mesías. Así se convencieron de que era

momento de dejar de adularle y de homenajear al rey de los judíos como es menester.

Esos sabios no avisaron a ningún soldado, ¿verdad, Herodes? Al contrario, aquellos sabios le hicieron a mi hijo regalos de reyes. Oro, incienso, mirra. Luego nos dijeron que eran enviados tuyos y nos previnieron contra ti. Al día siguiente, en lugar de volver a la corte, marcharon directamente a su lugar de origen.

Lloré al saber la muerte de Zacarías y recordé su frase «si alguien se enterara nos matarían a ambos». Había que partir. José, que seguía sin saber que mi hijo era también tu hijo, no entendía nada de todo aquello, pero la aparición de esos tres sabios que hablaban con acento extranjero le había impresionado lo suficiente como para hacerme caso cuando le dije «hay que huir».

—Iremos a Egipto —contestó—, se podrá hacer buen negocio con la madera en un sitio donde la madera escasea. Viajaré mucho, pero creo que podremos hacer dinero.

Y marchamos a Egipto, como José el hijo de Jacob. Jesús ya hablaba entonces. Recuerdo que antes de emprender el camino, cuando ya estaban todas nuestras pertenencias montadas en la pequeña carreta que arrasaba la burra, me di la vuelta para ver lo que dejaba. Como la mujer de Lot, quería ver por última vez el lugar donde fui feliz. Jesús me tiró entonces del manto y me dijo «vamos con Papá».

¿Qué habría opinado el pobre niño si hubiera sabido entonces que su verdadero padre tenía la pretensión de matarlo?

La infancia según José

Hijos míos, espero que cuando muera os llegue este escrito que el buen rabino Hillel ha tenido a bien redactar de su puño y letra, de manera que os sirva como testamento de mis últimas voluntades y último recuerdo hacia vosotros. Espero que este escrito llegue a vuestras manos y os ayude a comprenderme y así a comprenderos a vosotros mismos y poder afrontar de la mejor manera posible los difíciles momentos que nos sobrevienen a todos cuando llega el momento de repartir herencias y los legados de un difunto que ha atesorado ciertos bienes y fortunas durante los largos años de su vida.

Soy carpintero, y nunca he sabido hacer otra cosa que comerciar y trabajar la madera. Por eso, desde entonces ha pasado ya tiempo, pensaba yo que criar hijos sería como utilizar el cepillo y el martillo para esculpir la made-

ra. La madera necesita que le escuchen en su particular lenguaje de vetas y nudos. Hay que saber cuándo cortarla, y cómo sacar a la luz el diseño que Dios Nuestro Señor ya ha impreso en ella. La madera bien trabajada y cuidada con cariño es una obra sólida y duradera que sobrevive al paso de las generaciones. La madera mal tallada se apolilla y enferma y pronto tiene que ser tirada y reemplazada. La madera es traicionera a veces, hay piezas que se agrietan y comban con rebeldía, tablas con nudos firmes como hierro que se resisten a la mano moldeadora del carpintero. Pero para el que tiene paciencia y destreza la madera es una hermosa manera de adorar a Dios. Pensaba yo que algo similar ocurría con los hijos.

Pero luego tuvimos a Jesús, nuestro primogénito. Y entonces supe que un hijo no es como la madera, sino que se parece más al árbol vivo que muestra sus hojas verdes al sol. En el hijo no se encuentra utilidad ni solidez, ni se ensamblan los diferentes aspectos de su personalidad con clavos. El hijo hunde sus raíces en nosotros, sus padres, y fortalece su tronco frágil y orgulloso con la savia de nuestras tradiciones. El hijo necesita una buena tierra que le alimente y una buena orientación que le ilumine en la justa medida. Si tiene a su alrededor las condiciones adecuadas, el hijo extiende sus ramas con orgullo, pretendiendo conocer el mundo entero y expandirse hasta que llegue el momento de florecer y dar frutos una vez llegado a adulto. Se puede trabajar la madera, a un hijo sólo se puede protegerlo para que los vientos no lo tuerzan demasiado.

Cada uno de vosotros, hijos míos, habéis sido como árboles en una huerta. Jesús solitario como un ciprés, frágil como un sauce, complejo como un espino. Santiago firme y recio como un roble, generoso como un cerezo, protector como un olivo. José juguetón y travieso como la

hiedra, inquieto como una acacia, noble como el cedro. Judas, dulce como un peral, puro como un abedul, sobrio como una higuera. Simón y Justo, pequeños y suaves como un... es igual, no recuerdo ningún árbol pequeño y suave.

Por edad y derecho de primogenitura corresponde a Jesús continuar con la carpintería y encargarse en su totalidad del próspero negocio que construí durante años de duro trabajo y alegre dedicación. Sin embargo, en este momento quiero sincerarme ante vosotros (Dios quiera que leáis este testamento y no se pierda como tantos otros en el olvido de la muerte) y aunque en efecto es mi voluntad que el negocio pase a sus manos, esa decisión no ha sido tomada sin dudas ni conflictos. Vosotros, Santiago, José, Judas, también Simón y Justo cuando crezcan, tendréis que obedecerle y ayudarle en su quehacer diario. Tú, Jesús, deberás hacer lo posible por la prosperidad del negocio, para que cada uno de tus hermanos pueda, llegando el caso, alimentar a su familia.

Mientras Jesús fue un niño pequeño nunca puse en duda que al llegar a adulto seguiría mi negocio de maderas, no sólo es la costumbre entre nosotros, sino que me parecía muy buena idea. Desde su más tierna edad le enseñé las diferencias entre las múltiples clases de madera y cómo trabajar cada una de ellas. Jesús me escuchaba con atención, intentaba imitarme, realizar correctamente las pequeñas tareas que yo le daba. Jesús era un niño despierto, con dotes artísticas y una inteligencia fina y sagaz. Pero por alguna razón no conseguía hacerlo bien del todo, fallaba, le costaba concentrarse en la madera y en las herramientas. No se dedicaba al trabajo como debe hacerlo un carpintero o cualquier otro trabajador, con todo el pensamiento centrado en la tarea como una flecha busca la diana. Es difícil de explicar, pero yo he sido carpintero

desde la cuna hasta la tumba, desde los pies al último pelo de la cabeza, y sé distinguir cuándo hay verdadera dedicación a la ebanistería y cuándo hay solamente ejecución obligada de una cansina tarea. Jesús trabajaba con despreocupación, como si pensara en otra cosa o como si al menos prefiriera pensar en otra cosa. Jesús no había salido a mí. Aunque he de decir que eso es lógico, porque tengo que comunicaros en estos momentos en los que me acerco a la muerte que Jesús no es hijo mío. No os asustéis al oírlo, y tú tampoco, Jesús. Te quiero y aprecio como si tuvieras mi sangre, deseo lo mejor para ti como lo deseo para mi primogénito, que es lo que eres.

María, mi esposa, tuvo siempre un cariño especial a Jesús. No digo que le quisiera más, porque no se pueden medir los amores como se miden los tablones, pero sí digo que a Jesús le dedicó una atención distinta. A María, vuestra madre, le gustó contarle desde pequeño largas y complicadas historias de palacios y reyes, de profetas y de sacerdotes, las viejas historias de Jacob, de José y de Moisés, que Jesús escuchaba con una gran atención.

Los primeros años de su infancia los pasamos en Belén, pero entonces era muy pequeño como para que hubiera nada digno de recordar. Luego huimos de Herodes y marchamos a Tanis, en Egipto, donde vivimos unos pocos años. En esa tierra nacisteis Santiago y José. En esa tierra hice también una pequeña fortuna. Pero a costa de mucho trabajo. Yo viajaba sin cesar, no sé si recordaréis algo de esos tiempos, pero pasaba largas temporadas fuera de casa. Solía recordar con nostalgia los viejos tiempos en los que enriquecerse era tan sencillo como abastecer de maderas nobles al templo de Jerusalén en construcción. ¿Volverán esos tiempos? Me preguntaba.

Santiago y José solíais jugar, correteando desnudos bajo el implacable sol de Egipto, os bañabais en las

aguas del Nilo con los demás niños. Pero no era tan fácil ver a Jesús haciendo esas mismas cosas. Jesús se quedaba con su madre, la ayudaba a hacer la comida o a limpiar la casa. Cuando le preguntaba por ello, María me solía decir que eso no era cierto y que Jesús sí jugaba con otros niños, pero yo sabía que esos niños erais vosotros dos, Santiago y José, o en todo caso niños más pequeños que él, amigos vuestros. A Jesús le costaba hacer sus propias amistades, y le resultaba más fácil aprovecharse de las vuestras. Sé que le gustaba hacerse el jefe de esas cuadrillas de niños y representar con ellos las viejas historias que escuchaba de la boca de su madre. En aquellos años Jesús empezó a aprender sus primeras lecciones en la sinagoga de Tanis. Me sorprendió el enorme interés que tenía por esas cuestiones. Siempre andaba con preguntas extrañas y se planteaba interrogantes cuya respuesta no era para otros más que una evidencia aprendida por la tradición.

Os voy a hacer partícipes de una sencilla anécdota. En una ocasión nos preguntó a María y a mí cómo podía ser que Dios sólo quisiera a los judíos si los judíos sólo éramos una pequeñísima parte de todas las gentes que habitan en el mundo.

—¿Por qué existe gente en los desiertos y en las selvas si en los desiertos y en las selvas no hay judíos? —nos preguntó—. ¿Y por qué Dios no convierte a los romanos en judíos? ¿Y a nuestro amigo Antonio que adora dioses paganos? ¿Acaso odia a todos ellos y no quiere que le adoren?

Yo me quedé callado, sin saber qué decir porque esa pregunta tenía un aire de blasfemia que no me gustaba nada y además los hombres desconocen las respuestas a las cuestiones de Dios. Pero su madre le respondió:

—Dios quiere a todos los pueblos por igual, pero sólo los judíos le quieren a él. En los tiempos antiguos

Dios se presentó a todos los pueblos, pero sólo los judíos le aceptaron, y por eso Dios prefiere a los judíos.

Pero Jesús no se dejaba convencer por argumentos a medias ni por las explicaciones que podían bastar a otros niños. En cuestiones de lógica y religión era muy testarudo. Entonces preguntó a su vez:

—Si Dios prefiere a los judíos, ¿por qué los judíos luchan entre sí y discuten sobre el verdadero sentido de su voluntad? Si Dios eligió a los judíos, ¿qué secta judía es la verdaderamente elegida? ¿Por qué Dios entregó el mundo a los romanos si prefería a los judíos? ¿Y por qué no dijo a los judíos claramente lo que quería?

Las preguntas quedaron colgadas en el aire, nadie podía contestar a eso. Los designios de Dios son difíciles de comprender para los hombres, sólo nos queda la posibilidad de aceptarlos con la esperanza de que su voluntad sepa al final hacer de los miserables tablones que somos hermosos muebles que adornen su gran obra. Pero lo que quiero decir es que esas preguntas y su escasa habilidad como carpintero me hicieron pensar que quizás había una solución mejor para Jesús. Según le había oído mencionar de pasada en alguna ocasión, María era de una familia de sacerdotes y eso aseguraba la posibilidad de que Jesús pudiera ejercer como sacerdote él también. Cierto que vuestra madre nunca hablaba de su familia y decía no querer volver a verla, lógico teniendo en cuenta la suerte que corren las mujeres embarazadas antes de tiempo, pero yo daba por seguro que habríamos podido arreglar la educación de Jesús y su incorporación al sacerdocio.

Un día volví de uno de mis viajes por Palestina y llevé a casa la noticia de que Herodes el Grande había muerto y habían paseado su cadáver maloliente por las calles de Jerusalén, con pompa y ceremonia, pero que nadie le había llorado. María se alegró y se arrodilló en la

tierra para orar al Señor y agradecer su bondad. No me preguntéis qué problemas tenía vuestra madre con el difunto tetrarca, yo nunca lo supe ni quise saberlo. Lo que sí sabía era que ese rey odiado por tantos era la razón de nuestro exilio en Egipto. Ahora podíamos volver, pensaba yo. Pero María me pidió que no lo hiciéramos porque Arquelaos, el hijo de Herodes, gobernaba en Judea. María temía que nuestra vida siguiera corriendo peligro. Hacía tiempo que yo quería volver a Galilea, porque yo era galileo de origen, aunque mis antepasados eran de Belén de Judea, y como el poder de Arquelaos no llegaba hasta mi tierra, nos establecimos en la aldea de Nazaret, donde yo tenía familiares que se alegraron al verme con mis hijos y mi esposa. Fue un viaje gozoso, entramos en nuestra tierra como los seguidores de Moisés tuvieron que entrar en su día, llenos de esperanza y alabanzas al Señor.

Ya en Egipto yo había decidido que haríamos lo posible por conseguir que Jesús se hiciera rabino y en un principio Jesús no opuso ninguna resistencia a ese cambio. Sólo vuestra madre se mostraba reacia, pero no es labor de una madre ocuparse de cosas de dinero ni del futuro de sus hijos. Animé a Jesús para que estudiara, y le puse a recibir lecciones de un rabino cuyo nombre se me ha olvidado, un hombre viejo, estirado y muy estricto, como debe ser un buen rabino. Pero Santiago y José todavía erais muy pequeños y yo necesitaba ayuda. Por eso Jesús me siguió ayudando en la carpintería y me acompañaba en mis viajes. Jesús disfrutaba mucho con aquellas expediciones, le gustaba ver mundo. Me señalaba los lugares donde habían ocurrido los grandes acontecimientos consignados en la Biblia. La tumba de Raquel, las batallas de Josué, los recorridos de Eliseo. Sentía especial predilección por Jerusalén.

Luego creciste tú, Santiago. Entraste en la carpintería a los siete años. Tú sí habías salido a mí, eras un niño trabajador, rudo, recio, grande y simpático, noble, justo, emprendedor. Enseguida quedé orgulloso de tu dedicación y tu trabajo. Decidí acelerar e intensificar los estudios de Jesús, a ti te convertiría en el heredero de la carpintería. Me parecía un estupendo arreglo, porque mediante él conseguía asegurar el futuro de la carpintería como si yo siguiera vivo, y al mismo tiempo se cumpliría uno de los mayores deseos que pueda tener un buen judío. Pocas dichas mayores puede esperar un descendiente de Jacob que un hijo varón que se ocupe de las cosas del Señor. Sin Él ninguna de las maderas que yo utilizo en mi taller tendrían valor, ni forma ni utilidad alguna. Mientras Santiago trabajaba conmigo, Jesús aprendía las escrituras, que era lo que yo suponía que debía hacer con esa madera inquieta y frágil que era mi hijo no legítimo pero amado primogénito. Y así, pensaba yo, todos éramos felices y cada uno cumplíamos nuestra misión en esta tierra. El rabino como rabino, el carpintero como carpintero.

Pero pronto resultó que mis reflexiones no habían sido tan correctas como me habría gustado. Jesús no parecía contento con esa vida de estudio. Se le veía triste, aburrido. El rabino tenía bastantes quejas de él, lo cual no dejaba de extrañarme porque Jesús era un chico formal y dedicado a las cuestiones de religión. Pero así ocurría, y el propio Jesús mostraba poca reticencia a acudir a aquellas clases diarias donde aprendía textos sagrados de memoria y numerosas historias y fábulas que le servirían en el futuro para interpretar las escrituras a los judíos menos instruidos. A veces Jesús se enfadaba y me decía que no quería ir a las clases del rabino porque era un carpintero y no quería ser otra cosa.

Siempre acababa yendo, porque donde manda un padre un hijo tiene que obedecer, pero el futuro de Jesús me preocupó mucho en aquel tiempo. Yo me había hecho a la idea de que sería rabino, era lo que más nos convenía a todos. Intuía que Jesús sólo sería feliz dedicado a las escrituras y no al duro trabajo físico. Pero él no quería, se colaba en el taller y cogía alguna herramienta para demostrarme que sabía hacer ese trabajo. Yo intentaba impedirselo a veces, otras veces le permitía que pasara varias semanas conmigo, pero siempre me arrepentía, porque una vez puesto al trabajo Jesús se cansaba y aburría, y acababa despistando a los otros con sus complicadas historias de ángeles y viejos soldados. Un día, harto ya de esa indecisión y de sus palabras de viento, le dije:

—Si es verdad que quieres ser carpintero ocúpate de las cosas de carpinteros, ocúpate de mis cosas y de mi negocio.

Para demostrarle su escasa valía como trabajador de la madera, durante unos días dejé de enviarle donde el rabino. Le hice soportar larguísimas jornadas en la carpintería, llevando a cabo duras tareas y agotadoras rutinas. Jesús siguió siendo el de siempre, y mis preocupaciones respecto a su futuro y al de la carpintería no hicieron sino aumentar. La diferencia entre Santiago y Jesús era evidente. Además, enseguida entraste tú, José, y tú de nuevo demostraste un gran interés y dedicación, fortaleza física y talento para el cuidado de las tablas. Yo seguía convencido de que el futuro de Jesús sólo podía estar en la religión, lejos de la carpintería.

Cuando Jesús tenía doce años fuimos a celebrar la Pascua a Jerusalén. Todos los años íbamos allí, pero este año teníamos un propósito especial para el viaje. Necesitábamos demostrar que María pertenecía a una familia de sacerdotes, y para ello el rabino de Nazaret nos

pedía un certificado del registro del templo. Vuestra madre se opuso en redondo a solicitar esa certificación, pero yo le obligué, como era mi deber. Como todos los años, marchamos casi todo el pueblo de Nazaret, en una caravana que se unía a otras que salían de los pueblos de los alrededores, y así formamos esa larguísima procesión anual en dirección a la ciudad santa y ombligo del mundo. En el templo de Jerusalén hicimos nuestro sacrificio de un cordero a Yavé, oramos y cantamos salmos. Dejé a María hablando a solas con un tal Simeón, sacerdote que había circuncidado a Jesús y hacia quien ella decía sentir gran desprecio. A pesar de todo decía que era su único contacto verdadero en el templo. Vuestra madre consiguió aquel dichoso pergamino por el que tuvimos que pagar una extraña cantidad, y luego regresamos a nuestros quehaceres diarios.

Pero cuando ya llevábamos un día de camino de vuelta, María echó en falta a Jesús. Lo buscó por toda la caravana pero no lo encontró. Vino adonde mí, que caminaba con los otros hombres, asustada.

—¡Jesús no viene con nosotros!

—Tranquilízate, mujer —le dije—. Estará con algún chiquillo jugando.

Pero María tenía razón. Preguntamos a todos nuestros familiares y conocidos si habían visto a Jesús. Nadie sabía nada de él. Deshicimos el camino, andando contracorriente de la marea humana que volvía a sus hogares. María estaba angustiada y su paso le parecía más lento que nunca a pesar de que íbamos a la carrera. Entramos de nuevo en Jerusalén, que ya había vuelto a su ajetreada normalidad después de los días de fiesta. María me condujo hacia el templo, estaba convencida de que su hijo se encontraría ahí.

Entramos entonces en la regia mansión de Dios y en efecto encontramos a Jesús sin demasiada dificultad. Estaba sentado cerca de los sacerdotes, que en ese momento discutían una ardua cuestión legal acerca de las leyes de sucesiones. Entre esos sacerdotes se encontraba aquel Simeón.

—¿Qué haces aquí desde hace tres días? —preguntó escandalizada María a Jesús—. ¿No ves que tu padre y yo estábamos angustiados buscándote?

—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi padre?

Creo que María y yo entendimos esa frase de diferente manera. María debió de pensar que se refería a su verdadero padre, cuya identidad yo siempre he querido desconocer. A vosotros, hijos míos, os ruego que sigáis pensando como hasta ahora que soy por igual padre de todos. María miró a Simeón con cara de querer fulminarlo de inmediato, como si ese sacerdote hubiera puesto a nuestro hijo en conocimiento de la identidad de su verdadero progenitor, y pegó a Jesús una bofetada como nunca le había visto dársela a nadie. Tuve que interponerme entre ambos para que no continuara pegándole. Simeón se levantó para tranquilizar a mi mujer y le dijo:

—No te molestes con tu hijo, sabe mucho y es un joven inquieto. Sus intervenciones han sido muy interesantes y nos han tenido ocupados durante horas, podríamos arreglar aquello de lo que hablamos para que se quede aquí en el templo como sacerdote, necesitamos gente como él. En cuanto a lo que nos ha propuesto... —dijo negando con la cabeza. De verdad que en ese momento no supe en absoluto a qué se refería.

Por mi parte, yo pensé que al decir «los asuntos de mi padre» Jesús se refería a Dios. A menudo había querido yo pensar que su verdadero padre era Yavé, y en un

principio interpreté esa estancia de tres días en el templo y ese interés por las cuestiones religiosas como una decisión definitiva de Jesús, que por fin había enfocado su vida al estudio y al conocimiento de las escrituras y había querido demostrarme su aceptación de aquel modo. La decisión de Jesús me alegró, di gracias al Señor, y le acaricié la cabeza con cariño.

Pero ahora comprendo que estaba equivocado, y tengo que pedir perdón a Jesús por ello.

Yo caminaba contento, María caminaba descontenta y Jesús caminaba en silencio. No había manera de que madre e hijo entablaran una conversación. Sólo yo hablaba de cuando en cuando. El disgusto de María era tan grande que parecía que nunca podría quitárselo de encima, se sentía traicionada y envejecida en varios años. De tiempo en tiempo abría la boca para lamentarse «lo hemos dado todo por ti, y tú...». Jesús no decía nada, estaba como avergonzado. Y con ese ambiente taciturno llegamos a Nazaret.

Al llegar me retiré con Jesús a un lugar apartado, y mientras paseaba con él entre las palmeras le comenté que yo había entendido lo que quería y que estaba orgulloso de su decisión. Le dije que estaba seguro de que sería un gran servidor de Dios y que me alegraba que hubiera reconsiderado su decisión. «Te estás haciendo un hombre, un verdadero hombre de Dios», concluí. Jesús me miró y vi lágrimas en sus ojos. No dijo nada, aceptó con un golpe de cabeza y se marchó de mi lado, volviendo a casa con su madre. Ese día tuvo lugar hace ya tres años, en ese tiempo muchas cosas han cambiado. Todos habéis visto cómo Jesús prestaba cada vez más atención a la sinagoga y menos a la carpintería hasta el punto de que acabó casi abandonándola, del mismo modo habéis visto todos cómo hace bien pocos días os dije que era mi voluntad que Jesús

heredara la carpintería. Aceptasteis como buenos hijos, pero seguramente no habéis entendido el porqué de mi contradictoria decisión, y yo no he querido explicároslo. Prefiero que se os haga llegar este testamento para no teneros que decir de viva voz todo lo que os estoy contando, lo primero que quiero es que sigáis siendo hermanos unidos por el amor y la fe en Nuestro Señor.

Hace poco pasé yo por Jerusalén y entré en el templo para saludar a aquellos viejos sacerdotes con los que años atrás había comerciado. Uno de ellos me preguntó por Jesús. Le dije que estaba bien, y ellos me hicieron recordar entre risas aquellos días que pasó entre ellos.

—Un negociador duro —exclamaron—, muy instruido y muy buen razonador. Es una pena que un hombre con tanta vocación religiosa muestre tanto empeño por un negocio de maderas.

Me costó entenderles, pero cuando lo hice pedí perdón en voz alta a Mi Señor. Hijos míos, aquel lejano día en el templo de Jerusalén, al referirse a su padre, Jesús se refería simplemente a mí. Jesús se había quedado en el templo para intentar establecer un nuevo contrato con los sacerdotes, tal y como ocurrió durante su construcción, cuando yo fui proveedor de cedro del Líbano y tuvo lugar la época dorada de mi negocio del que tantas veces había hablado. Aquel gesto que María no comprendió y que yo no comprendí buscaba en realidad demostrarme la verdadera voluntad de Jesús de ser un buen carpintero digno de su padre. Y yo, en vez de escucharle y aceptar su voluntad, le aparté para siempre de lo que era su derecho.

Sabiendo ahora el error que cometí, tengo el propósito de enmendarlo. Y si Jesús sigue queriendo ser carpintero, que lo sea, los demás obedecedle como me habéis obedecido y cuidad de la carpintería como si vosotros mismos fuerais los responsables de ella. Dios nos da

a cada uno diferentes talentos, pero Dios también nos da a cada uno una luz para que conozcamos qué es en aquello en que quiere que le sigamos y adoremos. Si Dios le ha hablado a Jesús para que sea carpintero, no seré yo quien lo impida.

Pero antes de abandonaros para siempre, sí quiero dar a mi primogénito un par de consejos. El primero es que hable y no se quede callado cuando las injusticias caigan sobre él, una palabra a tiempo le habría evitado largos años de errores. El segundo es que aprenda a disfrutar de la madera y consiga dedicarse a ella en cuerpo y alma, porque si no lo hace, será la madera la que acabará con él.

Y los demás hijos míos, verdaderos hijos míos, alabad siempre al Señor, porque sólo Él es grande.

El desierto según el Bautista

Arrepentíos, que la llegada del Mesías está cerca. El que posea dos túnicas que entregue la que le sobre a quien no posea ninguna, y el que tenga qué comer dé a quien no tiene. Orad, ayunad, haced penitencia, no ahorréis esfuerzos por humillaros, pedid perdón al Señor porque no sois dignos de él. ¿Cuántos esfuerzos hacéis por ser dignos de las riquezas y el respeto de los hombres? ¿No son en comparación muchos menos vuestros esfuerzos por agradar al Señor? Sois como animales, buscáis la comodidad y la superioridad sobre vuestros vecinos, os dejáis llevar por pasiones no mayores que las de las alimañas. Los amigos critican a los amigos, los vendedores engañan a los clientes que les dan de comer, los soldados ordenan y se imponen como si ellos fueran la ley. El rico utiliza sus riquezas para obtener más, el poderoso sólo ansía más poder. Y los que no tienen ni

riquezas ni poder adulan a los que lo tienen y esperan obtener provecho de las migajas. Y todo ese daño que hacéis y ese dolor que acumuláis generación tras generación, ¿para qué sirve? ¿No os dais cuenta de que el día de vuestra muerte está cerca? ¿Y de qué os servirán entonces todas vuestras posesiones? Ni siquiera podrán adornar vuestros sepulcros. Vuestros cadáveres yacerán sobre la tierra, expuestos a la mirada de Dios, que todo lo ve y que no ve en vosotros sino esa arcilla de la cual os moldeó y el fuego del infierno que anida en vuestro corazón y os mantiene vivos. Todo lo que vosotros valoráis en esta vida no es para Dios más que polvo y la ambición de un cadáver por parecer deseable. ¿Qué opinaríais de un cadáver en putrefacción que se acicalara y se maquillara para agradar a los hombres? Eso mismo opina Dios de vosotros, porque es lo que sois, cadáveres que os amontonáis sobre montañas de cadáveres y que educáis a vuestros hijos para que llegado el día sepan subirse como buenos cadáveres a esa montaña cada día más alta.

Me llamáis profeta, pero yo no soy un profeta. Otros me llamáis Mesías, pero yo tampoco soy el Mesías. Necesitáis jefes porque no sabéis gobernaros a vosotros mismos. No tengáis prisa por conocer al verdadero Mesías, porque él llegará con un hacha de hierro y con una antorcha de fuego. ¡Y ay de aquél que no esté preparado! Yo sólo soy una voz en el desierto, la voz de un hombre que se niega a ser cadáver y a adorar la fuerza de los hombres. Yo no os hablo como los antiguos profetas, que vaticinaban el futuro e interpretaban la voluntad de nuestro Dios. Yo os hablo como la voz que habéis ahogado en vuestro interior, la voz del hombre que ansía encontrarse con su creador y con su amo, la voz del hombre que desea la llegada de un tiempo sagrado. La voz del hombre que se

sabe gusano y se rebela para alcanzar algún día la altura del águila.

Dejad que Dios hable en vosotros, convertíos en instrumentos para que actúe el Señor, sed humildes con vuestros iguales, con vuestros inferiores y con Dios. Sed orgullosos con los poderosos y con los que imponen sus criterios por la fuerza. Una lanza puede callaros, pero no puede callar a Dios, y si Dios habla por vuestra boca ¿de qué le servirá a la lanza acabar con vosotros?

Algunos creéis en mis palabras, pero no tenéis constancia, os impacientáis y preguntáis cuándo llegará ese Mesías. ¿Y cómo voy a saberlo? Y preguntáis si Jesús es el Mesías. ¿Y yo qué sé? Yo no soy Dios ni conozco sus intenciones, yo no soy más que un hombre que comía langostas en el desierto y vestía con una piel de camello. Ni siquiera pretendo que mi labor haya servido para algo. El camino sirve para que el caminante pueda avanzar, pero si no hubiera camino el propio caminante lo haría al andar. El sentido del camino es estar dispuesto para ser transitado, no preguntarse por su valor.

Yo conocí a ese Jesús del que me habláis. Yo predicaba en el Jordán. Bautizaba con agua, con agua limpia, desnudo, bautizaba en la sencillez y en el silencio, rodeado de desierto. Las multitudes venían a mí. A quien intentaba venerarme lo expulsaba a latigazos, a quien quería unirse a mí lo acogía como a un hermano, le quitaba sus posesiones y las repartía entre quienes tenían menos. Un día vino a mí un hombre que, cuando iba a bautizarle, me dijo:

—¿Me conoces?

Le miré atentamente. No le conocía.

—No —contesté—. ¿Por qué tendría que conocerte?

—Bautízame —me dijo entonces.

—No sin que me digas por qué habría de conocerte. ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

—Soy Jesús, hijo de María. Yo tenía que haber sido el hijo de Zacarías y de Isabel, tus padres. Pero mi madre no quiso entregarme a ellos y José, el esposo de mi madre, te encontró a ti en una aldea cercana y te entregó a Isabel.

—¿Qué estás diciendo?

—Mi madre me lo contó cuando le dije que no me satisfacía mi vida de carpintero y que quería venir a conocerte para ver si tú podías iluminarme. Juan, tengo que hablar contigo. Tengo mucho miedo, porque en mí se han cumplido las profecías pero no sé si se deben a la casualidad o Dios quiere algo de mí. Y en ese caso ¿qué es lo que quiere? Sé que te cuesta creerme.

En ese momento creí en él, porque sabía cosas de mí que no había contado a nadie. Hasta entonces había oído a muchos decir de sí mismos que eran el Mesías, pero todos lo habían dicho con orgullo y prepotencia, a nadie había oído preguntárselo con esa inquietud. Me arrodillé ante Jesús porque creí que a través de él Dios me estaba hablando.

—Bautízame tú —le dije.

—No, no he venido a eso.

Y entonces me levanté de nuevo y le bauticé con el agua que lava y alimenta la carne, con el agua santa en su transparencia y en su sencillez. Nada es tan sencillo como el agua, nada tan maravilloso como ella. Los seguidores de Jesús dicen que mientras estaba sumergido en el Jordán y yo entonaba mi cántico de bautismo apareció una paloma en el cielo y que se oyó una voz diciendo «ese es mi hijo». Palomas las hay a cientos por los cielos de Palestina, y la voz de Dios sólo la oyen los que él elige, así que no puedo negar que el espíritu de Dios se apareciera en forma de paloma. Pero yo no oí nada excepto el silencio, mi com-

pañero, y el ruido de las aguas fluyendo. Como tantas otras veces. Fui yo quien dijo «si este es el Ungido por Dios, yo le unjo con el agua que limpia y da vida a todos los hombres».

Jesús se quedó conmigo unos días.

Aquella primera noche nos aislamos de los demás, y en torno a una fogata me contó su vida:

—Yo soy carpintero. Mi padre era carpintero y tratante de maderas, murió cuando yo tenía apenas quince años. Le prometí que cuidaría de su negocio, pero ese trabajo nunca me satisfizo. Mi padre lo sabía. No le importaba demasiado, quizás porque también sabía que yo no era hijo suyo. Él siempre me animó para que me dedicara al sacerdocio, para que fuera rabino, se habría sentido orgulloso de tener un hijo rabino. Pero si la carpintería me satisfacía poco, menos aún me atraía esa vida dedicada al estudio de las escrituras. Las escrituras hablan de la vida, pero hablan de ella como si pretendieran convertirla en estatua. No son malas las estatuas, sé trabajar figuras en madera, pero al menos esas figuras se construyen poco a poco, las haces según vas viendo en la madera nuevas posibilidades, las haces a tu imagen y semejanza. Son tu obra, y a través de ella puedes agradar a los hombres y al Señor. Pero las escrituras ya están fijadas para siempre. La vida es cambiante como las aguas de un río, la gente no vive en las escrituras ni come de las escrituras. Dedicarme a una vida de rabino me parecía equivalente a encerrarme en un mundo sin aire y ajeno a la gran creación que Dios ha puesto ante nosotros. Por eso prometí a mi padre que sería carpintero. Lo intenté, lo intenté de verdad. Trabajaba todo el día, de sol a sol, para conseguir dinero y sustento para los míos. Apenas tenía tiempo para nada más. Viajaba mucho, los viajes eran la única parte satisfactoria de aquella vida, compraba y vendía maderas.

Yo crecí, mis hermanos también crecieron, ellos se iban casando, yo no. Conocía a muchas mujeres, me llevaba bien con ellas, pero me hacían desconfiar. La mujer ata al hombre y le separa de su destino. No quería dejarme atar a una vida de familia con hijos y una esposa a la que hacer feliz. ¿Pero qué sentido tiene una vida dedicada al trabajo cuando uno no obtiene satisfacción de él ni tiene nadie a quien dedicar el fruto de ese esfuerzo? Ese desencanto se fue acumulando en mí hasta convertirse en aversión al trabajo. Ansiaba libertad, y recordaba las palabras de los profetas, pensaba en las escrituras y en Dios y en cuándo se cumplirían las profecías. Me lamentaba porque quizás yo muriera antes de que tuvieran lugar todos los prodigios anunciados por los profetas, a quienes admiraba. La vida de los profetas me parecía en verdad la mejor manera de servir a Dios y a los hombres, en ninguna otra dedicación veía cumplirse el necesario respeto a nuestra humilde naturaleza y la libertad del corazón que no se ata a las posesiones materiales. Llegué hasta el punto de sentirme culpable por estar trabajando en pequeñas tallas en vez de dedicando mi tiempo a las cosas del Señor. Entonces oí hablar de ti y un día me dije que vendría a verte y a escucharte, quizás de ti aprendiera algo nuevo. Eras el único profeta vivo. Le dije a mi madre que dejaba el trabajo por un tiempo para venir a escucharte. La carpintería quedaba en manos de Santiago, mi hermano, mucho más capaz que yo de sacarla adelante. Mi madre lloró. Me suplicó que no me marchara, que no lo hiciera, me dijo que me quedara con ella. Pero yo ya había tomado mi decisión. Mi madre entonces me dijo:

»—Ya que vas a hacerlo, déjame que te cuente una historia, tu historia. Quizás no deberías saberla porque puede hacerte daño, pero todo hombre debe conocer quién es. Tu padre no era José. Cuando yo era joven vivía

en el palacio de los asmoneos, junto al palacio de Herodes. Yo era asmonea, de la línea legítimamente sucesoria al trono de Israel. Cuando Herodes decidió aniquilar a mi familia, a mí me violó y engendró en mí. Ese niño eras tú. Yo escapé del palacio y me escondí en el templo. Ahí, un sacerdote llamado Zacarías me recogió y me llevó a su casa, donde su vieja mujer Isabel vivía esperando que Dios se apiadara de ella y le diera un niño. Yo les prometí darles mi hijo, y Zacarías me buscó un marido, tu padre José. Nos casamos estando yo embarazada, y entonces yo me arrepentí de mi decisión de entregarte a ellos. José, un hombre que siempre me quiso y respetó, buscó a un niño recién nacido en una aldea cercana y se lo entregó a la pareja. Ese niño se llamaba Juan, si es cierto lo que dicen se trata de ese al que ahora llaman el Bautista. A Zacarías lo mataron en el templo después de que contara nuestra historia. Por eso Herodes quiso matarte. Y como no pudo encontrarte... mató a todos los niños de Belén.

»Mi madre entonces hurgó en un arca de madera donde guardaba sus objetos personales y recuerdos y sacó una túnica de estupenda confección que tenía que costar una buena cantidad de siclos y me dijo: «toma, con esta túnica escapé yo del palacio vestida como un hombre, llévala contigo y que te ayude como me ayudó a mí, ropas de esta calidad son las que estaban preparadas para nosotros». Luego se quedó en silencio.

»Juan, ahora entenderás mi confusión. Yo soy heredero del trono de Israel, nacido en Belén de Judá y perteneciente a la familia de David. En mí las profecías se han cumplido. Cuando supe todo esto comprendí que tenía más razones que nunca para venir donde ti, primo mío, porque creo que así puedo llamarte.

Al escucharle decir todas esas cosas callé. Su historia era singular, no había duda. Sin embargo no es la

ascendencia de un hombre la que garantiza la limpieza de su alma y el Mesías no es un título hereditario. Creí en lo que me había contado porque parecía sincero, pero también era dubitativo e inseguro, dos grandes defectos impropios de quien está destinado a salvar a la humanidad. Creí en su historia y en él, pero al contrario de lo que muchos han dicho, tuve mis dudas sobre si realmente era quien decía ser. Un Mesías necesita seguridad en sí mismo, hablar alto y con convicción, al Mesías no le importa molestar, hacer ruido, porque viene a liberar a Israel, que será adorada por todas las naciones como nación santa. El Mesías no viene a traer la paz sino la guerra. Eso le dije a Jesús, él negó con la cabeza. Luego se encogió de hombros y dijo «no lo sé». Lo repitió luego mirando al desierto «no lo sé, no sé nada, no siento en mí ninguna fuerza especial, no tengo ningún mensaje que traer al mundo, no pretendo ninguna revolución, soy judío, sí, ¿pero si los judíos somos el pueblo elegido, cuál de las facciones judías es la verdaderamente elegida? ¿Los saduceos, los fariseos, los esenios, los zelotes, o tus seguidores, Bautista?».

—Dios te lo comunicará —le dije— si eres el Mesías tú construirás el nuevo mensaje que salvará y unirá a Israel.

—No —sentenció él—. ¿Sabes? Esperaba más de esta visita. Esperaba otra cosa. Lo primero que sentí cuando llegué aquí y vi a todos tus seguidores es que una vez más la estupidez se vestía de religión. Todos esos locos te siguen sólo porque quieren seguir a alguien, todas esas mujeres desnudas gritan como poseídas, están todos sucios y parecen enfermos. Lo mismo podrían estar adorando al diablo, no hay nada en ellos que les diferencie de los que creen en falsos dioses.

—Lo sé. Yo no les alimento con la verdad, yo sólo les preparo, preparo sus corazones para cuando llegue el verdadero mensaje. No aspiro a conocer ese mensaje, me basta con el mío.

—¿Y cuál es el tuyo?

—Que Dios es la mayor riqueza a la que puede aspirar un hombre, que Dios nos habla si sabemos escucharle. Que los tiempos se han cumplido, que esta es una época de putrefacción y el hombre no puede aguantar más sufrimiento y dolor, tiene que llegar un tiempo sagrado. Dios no puede postergar ya la llegada de ese tiempo.

—Antes te he dicho que cuando vi esto me sentí defraudado. Hay algo sin embargo que no me ha defraudado en absoluto, sino que al contrario me ha sorprendido agradablemente. Y ese algo eres tú, Juan. Creo en tu estilo de vida. Durante mis viajes y a lo largo de toda mi dedicación a la sinagoga de Nazaret he conocido a muchos hombres religiosos, de todas las tendencias. Los hay que sólo quieren la revolución contra los romanos y los hay que creen tanto en la letra de la ley que prefieren hacer sufrir a un niño antes que pronunciar equivocadamente un versículo, también los hay que quieren ser modelos de conducta y se humillan demasiado, humillando así lo que Dios ha creado. Los hay que son tan orgullosos y pretenciosos que inventan cada día un Dios que pueda adornar su vida acomodada. Pero todos ellos utilizan a Dios como una muleta para poder llevar adelante sus torpes y pequeñas vidas. Pretenden estar de acuerdo con Dios, pero al contrario han puesto a Dios de acuerdo con su existencia y ni siquiera son capaces de ponerse de acuerdo entre ellos. En ti he encontrado otra cosa, en ti he encontrado libertad. Verdadera libertad. En ti Dios no es una muleta, sino un compañero.

No entendí bien lo que quería decir. Para mí Dios es mi misión, mi amo, mi jefe. Pero asentí porque de nuevo me pareció que era sincero. Él continuó:

—Tú eres un hombre de Dios, pero en vez de estudiar las escrituras muertas, las haces volver a la vida. Tú vives las escrituras y escribes escrituras nuevas, creo que ese es el sentido de las viejas escrituras.

—Yo soy un camino —le contesté.

—¿Qué puedo hacer para escuchar a Dios y saber qué quiere de mí? —me preguntó.

—Tienes que ir al desierto. Quedarte en soledad, sufriendo hambre y sed, frío y calor. Tienes que escucharte, escuchar el lenguaje del polvo y las piedras, del viento y los buitres. Dios habla en el silencio, cerca de los muertos. También el diablo habla en susurros bellos como los cantos de las sirenas, sólo en la soledad del desierto aprenderás a discernir las palabras de uno y de otro. Tienes que ir al desierto como han hecho siempre los profetas.

Y Jesús aceptó. Al día siguiente partió con el alba. Alguien quiso seguirle, pero yo se lo impedí, Jesús tenía que ir solo.

Pasaron días y más de una luna. Jesús no volvía. Envié a un par de compañeros para que lo buscaran y lo trajeran al Jordán si lo encontraban desfallecido. Y, en efecto, un par de días más tarde me trajeron a Jesús, lleno de llagas y quemaduras producidas por el sol. Estaba delgado, tan famélico que los huesos eran lo primero que se veía de él. Dos días más en el desierto y habría muerto sin remisión.

Lo cuidamos. Jesús durmió y poco a poco fue recuperando peso. Cuando ya se hubo restablecido lo suficiente para poder hablar le pregunté qué había ocurrido durante todos esos días.

—He pasado hambre —me dijo—, mucha hambre. Calmaba la sed con el agua de un pequeño pozo que había en unas rocas. A veces veía pasar una caravana, entonces me escondía. Por las noches hacía frío y por el día calor.

—¿Y qué más? —le pregunté.

—Al de unos pocos días de estar en el desierto tuve tanta hambre que me pareció absurdo seguir ahí. Deseé que las piedras se convirtieran en panes, y la arena en harina, el rocío en vino, los escorpiones en corderos asados y los espinos en fruta fresca. ¿Qué ganaba Dios con mi sufrimiento? ¿Qué ganaban los hombres? ¿Y qué ganaba yo? No encontraba a Dios y empecé a dudar de que pudiera encontrarlo de ese modo. Estuve a punto de desistir y volver aquí. Pero no me fui, me quedé.

—Hiciste bien, era el diablo el que tentaba.

—No lo sé. Pero me pareció que si lo dejaba a medias nunca podría saber si había algo que aprender de esa experiencia. Pasaron así los días, el hambre no cesaba, pero acabé acostumbrándome a él. Vivía las horas en una duermevela en la que el mundo parecía surgido de los sueños y las cosas de mi alrededor tenían el aspecto de alucinaciones. Entonces, un día, de pronto, me pareció escuchar a Dios, me pareció entender lo que quería decirme. Me decía «no sigas, sal cuanto antes a los caminos y a las gentes, lánzate a los caminos y la libertad como si te lanzaras desde lo alto del templo de Jerusalén, vive la vida de los profetas sin miedo, ahora estás lleno de dudas pero cuando hables a las multitudes te llenarás de seguridad, las palabras irán surgiendo por sí mismas, no te preocupes por nada, porque tu padre de los cielos te recogerá y cuidará». Estuve a punto de obedecer a esa hermosa y alegre voz, a esas palabras que sonaban a risa y despreocupación. Regresar y dejar el trabajo en la carpintería, dejarlo todo y salir a los caminos sin nada seguro y sin saber adónde ir.

Pero no lo hice, porque no se puede profetizar la nada, no se puede ser un profeta sin mensaje, y más vale ser el peor carpintero insatisfecho que el mejor mendigo que lo único que ha hecho en su vida es engañarse. Si para algo estaba en el desierto era para encontrar mi verdadero mensaje, no para huir de él.

—Hiciste bien, era el diablo que te tentaba.

—De verdad que no lo sé. Pero me quedé. Y de nuevo estuve a punto de regresar un día en el que, subido a una colina vi ante mí los campos y a lo lejos el mar, vi ciudades y pueblos, caravanas y campamentos. Vi ante mí toda la tierra de Israel, el camino de Jerusalén, las múltiples aldeas de pastores y agricultores. Se veía el Jordán, las tierras de Galilea y Samaria, todo lo que me pertenece por derecho de sucesión. Y me dije: «proclámalo, cuenta al mundo que en ti se han cumplido las profecías, que eres el legítimo heredero al trono, y todo esto será tuyo». Pero no lo hice. No lo hice porque yo no había ido al desierto para poner a Dios a mi servicio sino para ponerme al servicio de Dios y ningún trono vale una mísera parte de lo que vale la santidad del Altísimo.

—Hiciste bien, era otra vez el diablo que te tentaba.

—Puede ser, no estoy seguro de ello.

Jesús se quedó entonces en silencio. No volvió a hablar hasta que le pregunté:

—¿Qué has aprendido en el desierto?

—He sufrido. Y he aprendido que no hay nada que aprender porque la vida no es una enseñanza sino una experiencia. Sólo vi más claro lo que ya sabía de antemano. Que no puedo ser carpintero y que si un sentido tienen las escrituras es convertirse en vida y no en materia de estudio. Que la tierra es grande y por lo tanto el verdadero mensaje de Dios no se limita a los judíos ni es un mensaje político. He aprendido que Dios nos quiere tal y

como somos, en cada momento, ahora mismo, que su amor es más grande que el desierto y que no hay mejor sentimiento en el hombre que la buena fe del mismo modo que no hay peor pecado que la mala fe. He aprendido que Dios habla con silencio, escucha con respeto las palabras sinceras y responde con las obras del mundo. Y he aprendido también que el gran obstáculo para cualquier gran labor es la duda. La duda es más asesina que una lanza romana.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Creo que esperaré un poco.

—¿A qué?

—Tampoco lo sé. Juan, ¿Estás seguro que el fin de los tiempos está cerca?

—Sí. Los profetas aseguraron que el Mesías vendría cuando se reconstruyera el templo de Jerusalén. Y Roma es una de las bestias que profetizó Daniel. Cuando el mundo es gobernado por las fuerzas del mal es urgente la intervención de Dios. Y Dios llegará salpicando fuego y dolor arrasando el poder de Roma.

—No —me dijo él, pero no dio más explicaciones.

Al día siguiente se marchó. Ahora que estoy encarcelado me preguntáis si ese hombre era el Mesías. Preguntádselo a él, porque ya ha pasado el tiempo suficiente para que medite y recapacite sobre quién y qué es. Preguntadle si está dispuesto a luchar contra el Maligno encarnado en Roma, si está dispuesto a dirigir a su pueblo a la verdadera libertad y si Dios habla por su boca. Preguntadle si es él el elegido o hay que esperar a otro. Si os contesta que sí es él, desconfiad porque quien afirma tanta grandeza en su persona seguramente miente. Si os contesta que no, no le creáis, porque la humildad o la prudencia pueden aconsejarle decir no. Si os dice «no lo sé», desconfiad, porque un indeciso es siempre un peligro. Si

es el Mesías su respuesta será digna de un Mesías. Y si no lo es, volved a mis enseñanzas y fiaos de lo que yo anuncié, porque ha sido el mismo Dios el que ha guiado todos mis pasos y ha sido Dios quien ha hablado por mi boca y cuando yo os bautizaba era el gran Dios el que bajaba sobre vosotros. Yo nunca me proclamé Mesías, sino camino para el Mesías. ¿Pero no es el mejor de los destinos un camino? ¿Y acaso me correspondía a mí proclamarme como Ungido? ¿Acaso sabe un hombre lo que ocurrirá después de su muerte? No os preocupéis y estad atentos, si el Mesías era yo, será el mismo Dios el que os iluminará para que comprendáis la justa grandeza de mi labor que siempre llevé a cabo como completo servidor del que todo lo puede, como el primero de sus siervos, como el más fiel de sus amigos.

Para mí los tiempos se han cumplido.

Amén.